

La Doctrina Escritural

— DE LA —

SANTÍSIMA
TRINIDAD



La Doctrina Escritural de la Santísima Trinidad

La Sociedad Bíblica Trinitaria fue fundada en 1831 por hombres profundamente convencidos de que una institución de tal carácter necesitaba una base de fe que asegurara que sus asuntos serían conducidos por hombres con una visión basada en las Escrituras de la Divinidad igual y eterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al esbozar los “Estatutos y Reglamentos de la Sociedad Bíblica Trinitaria”, nuestros fundadores establecieron lo siguiente:

Los miembros de esta Sociedad deberán ser protestantes, que reconocen su creencia en la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas en un mismo plano de igualdad y eternidad en un Dios vivo y verdadero.

En un apéndice a los Estatutos esta verdad de las Escrituras se expresa claramente con estas palabras:

Hay un solo Dios vivo y verdadero, eterno, sin cuerpo, partes ni pasiones; de infinito poder, sabiduría y bondad; Creador y Preservador de todas las cosas, visibles e invisibles. Y en unidad de esta Divinidad sean tres Personas, de una única sustancia, poder y eternidad; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El segundo artículo del apéndice declara que el Hijo de Dios es Dios verdadero y eterno, uno en sustancia e igual al Padre, y que en el Hijo dos naturalezas íntegras, perfectas y diferenciadas, la Divinidad y la Humanidad, se unieron inseparablemente en una sola Persona.

La base concluye con la declaración de que “El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, es de una misma sustancia, majestad y gloria, con el Padre y el Hijo, verdadero y eterno Dios.” No eran expresiones nuevas, sino que se reproducían textualmente de las manifestaciones de fe de las Iglesias Reformadas en la época de la Reforma protestante.

La autoridad infalible de la Biblia

Desde las primeras épocas de la historia de la Iglesia Cristiana, la verdadera doctrina de las Sagradas Escrituras sobre este vital tema se ha visto cuestionada y negada, y la mayoría de las principales herejías que han alterado la paz de la Iglesia comenzaron con una corrupción de esta doctrina. Actualmente el testimonio de la Iglesia profesante se ve debilitado por la falta de una enseñanza específica, por una parte, y por la hostilidad y el descreimiento por el otro. Entre tanto, diversas sectas falsas cuestionan la fe del pueblo del Señor, y algunos de sus integrantes se encuentran sin recursos cuando se les pide una respuesta inmediata, concisa y basada en las Escrituras. Para esta doctrina no existe otra autoridad más que la Biblia, la revelación divinamente inspirada, infalible y autoritativa, entregada por Dios Mismo. La breve manifestación siguiente de la evidencia está tomada exclusivamente de esa fuente.

Hay un solo Dios

La doctrina de la Santísima Trinidad en las Sagradas Escrituras se basa en este fundamento. “Jehová él es Dios; no hay más fuera de él” (Deuteronomio 4:35). “Yo Jehová, y ninguno más hay: no hay Dios fuera de mí” (Isaías 45:5). El Nuevo Testamento no es menos explícito cuando Nuestro Señor Jesús cita del Deuteronomio: “Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es” (Marcos 12:29). Dice Pablo a los Corintios: “sabemos que el ídolo nada es en el mundo, y que no hay más de un Dios” (1 Corintios 8:4). Asevera lo mismo a Timoteo: “Porque hay un Dios” (1 Timoteo 2:5).

El Dios único es “vivo y verdadero”

Estas son las palabras exactas de las Sagradas Escrituras. Dice Jeremías: “Mas Jehová Dios es la verdad; él es Dios vivo” (Jeremías 10:10), y Pablo recuerda a los tesalonicenses que “os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (1 Tesalonicenses 1:9).

Dios es eterno

Cuando los sagrados escritores hablan de Todopoderoso usan constantemente las expresiones «del siglo» y «eterno», que significan lo mismo cuando se aplican a Dios. Moisés dijo: “El eterno Dios es tu refugio” (Deuteronomio 33:27). “Desde el siglo hasta el siglo, tú eres Dios” (Salmos 90:2). Isaías habla de “que el Dios del siglo es Jehová, el cual creó los términos de la tierra” (Isaías 40:28). Pablo también habla de “Dios eterno” y de “Rey de los siglos, inmortal...” (Romanos 16:26; 1 Timoteo 1:17). Podrían agregarse muchos otros pasajes, pero éstos afirman la verdad con la suficiente claridad.

Dios no tiene cuerpo, partes ni pasiones

Dijo Nuestro Señor Jesucristo a la mujer de Samaria: “Dios es espíritu”, y tras Su resurrección, dijo a Sus discípulos: “El espíritu no tiene carne ni huesos” (Juan 4:24; Lucas 24:39). Dios se revela en la Biblia como un Ser puramente espiritual, omnipresente en cada instante del tiempo. “No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra” (Jeremías 23:24). Ciertamente, las Escrituras hablan de las manos, oídos y ojos de Dios, y de Su placer, ira, amor y odio, pero se trata del lenguaje de Su condescendencia hacia nuestro conocimiento imperfecto. Para que podamos comprender algo de Su ser y de Sus obras, Él permite que los hombres apliquen las palabras humanas a las cosas divinas. De esta forma Él revela Su ser divino a nuestro entendimiento humano.

El poder de Dios es infinito

“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas” (1 Crónicas 29:11). El divino Salvador dice: “Para con Dios todo es posible”, y el ángel le asegura a María que “ninguna cosa es imposible para Dios” (Mateo 19:26; Lucas 1:37). Estas y otras Escrituras revelan que Él tiene un poder infinito.

La sabiduría de Dios es infinita

“Grande es el Señor nuestro y de mucho poder; y su entendimiento no tiene medida” (Salmos 147:5). La perfección de Su sabiduría se ve en las obras de la creación; “Hiciste todas ellas con sabiduría” (Salmos 104:24). Su conocimiento abarca todo lo que es pasado, y lo que está por venir: “Conocidas son a Dios desde tiempos antiguos todas sus obras” (Hechos 15:18). “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!!” (Romanos 11:33).

La bondad de Dios es infinita

Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era “bueno en gran manera” (Génesis 1:31). “De la misericordia de Jehová está llena la tierra” (Salmos 33:5). “Es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmos 136:1). El cristiano no necesita más prueba de la bondad de Dios que el conocimiento del don misericordioso de Su Hijo eterno para redimir a Su pueblo y salvarlo de sus pecados. Esto es bondad divina, verdaderamente infinita y que trasciende nuestra comprensión.

Dios es el Creador y Preservador de todas las cosas

“En seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos *hay*” (Éxodo 20:11). “Por él fueron creadas todas las cosas que *están* en los cielos y que *están* en la tierra, visibles e invisibles” (Colosenses 1:16). Él es Preservador; “tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos,... la tierra y todo lo que está en ella,...; y tú vivificas todas estas cosas” (Nehemías 9:6). Estas declaraciones se derivan todas de la segura Palabra de Dios, y son los cimientos sobre los cuales se apoya la doctrina de la Santísima Trinidad. Revelan la majestad y la gloria de DIOS ÚNICO. Las Escrituras muestran con igual claridad que el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y que hay una Trinidad de Personas en la Unidad de la Divinidad.

El verdadero carácter divino de Nuestro Señor Jesucristo

Entre los errores relativos a la Persona del Hijo existe una noción de que Él es Dios en un sentido inferior, un ser creado, y no Dios «real» y «verdadero», y no en un plano de igualdad y con una misma sustancia con el Padre. Algunos niegan de plano la divinidad del Hijo, y otros niegan que tuviera “dos naturalezas plenas y perfectas, la divina y la humana”. Hay quien afirmaría que en la Tierra Él fue solamente hombre, y tras su resurrección solamente Dios. Algunos negaría Su perfecta humanidad, y otros Su perfecta divinidad. No obstante, Nuestro Señor Jesucristo es “Dios verdadero y eterno”.

El Antiguo Testamento habla del Mesías en estos términos: “Cíñe tu espada sobre el muslo, oh valiente” (Salmos 45:3); “Tu trono, oh Dios, eterno y para siempre” (Salmos 45:6); “E inclínate a él, porque él es tu Señor” (Salmos 45:11); “y se llamará su nombre ...Dios fuerte” (Isaías 9:6); “y este será su nombre que lo llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jeremías 23:6); Y Zacarías declara que Él es el “compañero” (o igual) del “Jehová de los ejércitos” (Zacarías 13:7).

Él ejerce el poder y la sabiduría de Dios

Cuando el Mesías prometido estaba en la tierra mostró a través de Sus obras y Su palabra que Él era en efecto “con nosotros Dios” (Isaías 7:14; Mateo 1:23). Esas obras poderosas que sólo podía llevar a cabo “Jehová Dios,... que solo hace maravillas” (Salmos 72:18), Cristo las llevó a cabo por Su propio poder y por Su propia palabra. Sanó al leproso, devolvió la vista al ciego, resucitó al muerto, calmó la tempestad, todo por Su propio poder. Si se objeta que los Apóstoles obraron milagros a pesar de ser sólo hombres, debe recordarse que derivaban su poder de Él, y así lo reconocían.

Otra prueba de la divinidad del Salvador se ve en Su conocimiento del corazón de los hombres. Salomón oró a Dios Todopoderoso: “porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres” (1 Reyes 8:39), y no obstante leemos que Jesús percibía los pensamientos del corazón de los hombres (Lucas 9:47), que “él conocía a todos... sabía lo que había en el hombre” (Juan 2:24,25). En esto Él ejerce un poder que pertenece sólo a Dios. Nuevamente, ¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios? Él dice: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones” (Isaías 43:25), pero el Señor Jesucristo dijo: “el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados” (Mateo 9:6).

Es adorado como Dios

Dijo el Salvador: “que escrito está, al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás” (Mateo 4:10), y no obstante sin reproche permitió que esta adoración le fuera ofrendada a Él mismo, y declaró que “Para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Juan 5:23). Leemos sobre un leproso, un gobernante, los discípulos en una embarcación, una mujer en Canaán y un hombre ciego de nacimiento, que llegaron y adoraron a Cristo. Tras Su resurrección, María Magdalena y las otras mujeres “abrazaron sus pies y lo adoraron” (Mateo 28:9). Tomás no enfrentó censura alguna cuando lo llamó “Señor mío, y Dios mío” (Juan 20:28). Quien recibió debidamente la adoración que se debe sólo al Señor nuestro

Dios, debe ser ciertamente el Señor nuestro Dios.

Se lo ha declarado Dios

¿De qué modo hablan los discípulos del Señor resucitado y ascendido, cuando Él ha enviado el Espíritu de la Verdad para guiarlos infaliblemente hacia toda verdad? Juan dice: "el Verbo era Dios...y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria...)" (Juan 1:1,14). En otro lugar dice: "su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (1 Juan 5:20). Pablo dice a los romanos que Cristo "es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos" (Romanos 9:5). A los colosenses les declara que "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Colosenses 2:9). A Timoteo le afirma que "Dios ha sido manifestado en carne" (1 Timoteo 3:16). En la Epístola a Tito habla del Señor Jesús como "nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13). Pedro también habla de Él como "nuestro Dios y Salvador Jesucristo" (2 Pedro 1:1).

En la visión de Cristo en la gloria que presenta el Apocalipsis, Cristo anuncia Su presencia al Apóstol bienamado: "Yo soy el Alpha y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso" (Apocalipsis 1:8,17; 21:6; 22:13). "En el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los *que están* en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra" (Filipenses 2:10). Todas las criaturas deben elevar al unísono una voz de adoración a nuestro Dios Salvador, diciendo "la alabanza, y la honra, y la gloria, y el poder, por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 5:13).

El Hijo es Dios, y de una única sustancia con el Padre

El Señor Jesucristo mismo dijo: "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30). Él es "el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). "Y él es antes de todas las cosas" (Colosenses 1:17). Sus "salidas son desde el principio, desde los días del siglo" (Miqueas 5:2). Él era el Verbo que era "en el principio con Dios", y que "era Dios" (Juan 1:1,2).

Él asumió la naturaleza del hombre

Él nació en el mundo, y "crecía en sabiduría, y en edad" (Lucas 2:52). Tuvo hambre y sed, comió y bebió, sintió el cansancio y la fatiga, el dolor y la congoja, Lo movió la compasión, y lloró por el dolor de aquellos a quienes amaba y por la futura ruina de Jerusalén. Él era "en todo semejante a los hermanos" (Hebreos 2:17), y como ellos "participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo" (Hebreos 2:14). Él, "tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición de hombre, se humilló a sí mismo" (Filipenses 2:7,8). En este respecto a Él se lo describe como "varón aprobado por Dios" (Hechos 2:22); "Porque *hay* un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Timoteo 2:5).

En Su naturaleza humana Él era verdaderamente hombre, nacido de mujer cuando en el milagro de la encarnación María "dio a luz a su hijo primogénito" (Lucas 2:7). Igualmente es verdad que Él vino de Dios "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley" (Gálatas 4:4).

La divinidad y la humanidad estaban inseparablemente unidas en una Persona

No podemos entender ni presumir de explicar esta misteriosa unión, pero sostenemos que es verdadera porque está claramente revelada en la segura Palabra de Dios. Como Dios, Él podía decir: "Antes que Abraham fuera, yo soy" (Juan 8:58); como hombre, Él era la simiente de Abraham. Como Dios, Él era el Señor de David; como hombre, Él era el hijo de David (Mateo 22:43-45). Como Dios, todo el poder y el honor en el cielo y la tierra eran Suyos; como hombre, "el mismo está rodeado de debilidad" (Hebreos 5:2). Como Dios, Él era Señor de todas las cosas por derecho de creación, porque "sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:3); como hombre, carecía de bienes

terrenales y “no tiene dónde recostar la cabeza” (Mateo 8:20). Como Dios, estaban en Sus manos las cuestiones de vida y muerte, y Él tenía el poder de poner Su vida y el poder de volverla a tomar (Juan 10:18); como hombre, “Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca” (Hechos 8:32).

Las naturalezas divina y humana nunca podían separarse. Incluso tras Su Ascensión, se lo revela como el Único Mediador, “Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). Pablo habla del Señor ascendido como el futuro Juez, “aquel varón al cual [Dios] determinó” (Hechos 17:31). Las Escrituras explican así con claridad que Nuestro Señor Jesucristo, tal como cuando estaba en la tierra, es ahora y por siempre será Dios y hombre. En Él, aún sentada en el trono de Su gloria, la naturaleza humana está en un modo misterioso unida a la divina.

El Espíritu Santo se revela como Persona

Es necesario establecer primero este aspecto de la verdad, de modo que pueda luego mostrarse que esta Persona es Divina y de una única substancia con el Padre y el Hijo. Los que niegan la divinidad del Espíritu Santo invariablemente niegan Su existencia como persona diferenciada.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo estaba por dejar a Sus discípulos les prometió: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: al Espíritu de verdad” (Juan 14:16-17). “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todas las cosas que os he dicho” (Juan 14:26). “Él dará testimonio de mí” (Juan 15:26). “Os lo enviaré” (Juan 16:7). “Él os guiará a toda verdad... os hará saber las cosas que han de venir. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:7, 13,14).

Nuestro Señor Jesucristo mismo era una Persona, y es claro que el “otro Consolador” debía ser también una Persona. Lo que Jesús dijo del Consolador es bastante ininteligible si el Consolador no fuera una Persona. Debe ser una Persona, si Él es enviado, enseña, trae cosas a nuestro recuerdo y nos muestra las cosas de Jesús. Estas son descripciones de una Persona: oír, recibir, testimoniar, hablar, reprobado, instruir y guiar.

Testimonios de las Epístolas de Pablo

Pablo nos dice que “el Espíritu ayuda en nuestras debilidades... sino que el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26). Esto sólo puede ser verdad de una Persona que ayuda e intercede. “A éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia... Mas todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere” (1 Corintios 12:8-11). Es increíble que un escritor inspirado fuera a usar un lenguaje de este carácter, atribuyendo todas estas operaciones al Espíritu, si tal Espíritu no fuera una persona, Nuevamente el Apóstol nos advierte no afligir al Santo Espíritu de Dios, y la aflicción es un sentimiento que no puede atribuirse a nada más que a una Persona. Por lo tanto el Espíritu Santo es una Persona, y esto se afirma con claridad en las Sagradas Escrituras.

El análisis de aquellas Escrituras que nombran a Espíritu Santo conjuntamente con el Padre y el Hijo llevan a la misma conclusión. Se da el mandato de bautizar en el Nombre de Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre y el Hijo son Personas, y lo mismo debe ser verdadero para el Espíritu Santo. Nuestro Señor Jesucristo no ordenó a sus discípulos bautizar en el Nombre de dos personas y una influencia abstracta. La inspirada bendición, “La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con vosotros todos” (2 Corintios 13:14), indica con igual claridad que así como el Padre es una Persona y el Hijo es una Persona, también el Espíritu Santo es una Persona.

El Espíritu Santo es una Persona Divina: “Dios verdadero y eterno”

Aquí nuevamente este breve artículo no pretende dar una prueba plena y exhaustiva, sino que expresa una muestra de la evidencia proveniente del depósito de verdad divina. En Jueces 15:14 leemos: “y el espíritu de Jehová cayó sobre” Samsón, pero en Jueces 16:20, después que Samsón ha cedido ante Dalila, “Jehová ya se había de él apartado”. Es “el espíritu de Jehová”, el Señor, el Dios eterno. En 2 Samuel 23:2-3 David afirmó: “El espíritu de Jehová ha hablado por mí,... El Dios de Israel ha dicho”, y de esta manera expresa claramente que el Espíritu Santo es el Dios de Israel. En Job 33:4 dice Eliú: “El Espíritu de Dios me hizo”, pero Dios es el Hacedor de todas las cosas; por lo tanto, el Espíritu es Dios. En el Salmo 139:7, dice el Salmista: “¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia? ... “. Las siguientes palabras afirman la omnipresencia y en consecuencia la deidad del Espíritu Santo. En Isaías 6:5-9 el profeta dijo: “han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos... Después oí la voz del Señor... Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis... “. El Apóstol Pablo cita estas palabras en Hechos 28:25-26: “Bien ha hablado el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo, y diles: Oyendo oiréis, y no entenderéis,” etc. La Persona a quien Isaías nombra como el Rey, el Señor de los Ejércitos, no es otra que el Espíritu Santo.

Los Apóstoles muestran que el Espíritu Santo es Dios

En el Nuevo Testamento, el Ángel que anuncia a María el milagro del nacimiento del Salvador dice: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Aquí el ángel asigna como motivo por el cual Cristo debe ser llamado el Hijo de Dios el hecho de que Él debía ser concebido por obra del Espíritu Santo, y debe concluirse que el Espíritu Santo es Dios. En Hechos 5:3-4, Pedro, al condenar a Ananías usa las expresiones «mentir al Espíritu Santo» y «mentir a Dios» como sinónimos: “¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintieras al Espíritu Santo? No has mentido a los hombres, sino a Dios.” Al mentir al Espíritu Santo Ananías miente a Dios. Por lo tanto el Espíritu Santo es Dios. Pablo escribe a los Corintios: “sois templo de Dios” (1 Corintios 3:16), y “vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo” (1 Corintios 6:19). De la comparación de estos textos se deduce que el Espíritu Santo es Dios. Dice Pablo: “Toda Escritura es inspirada divinamente “ (2 Timoteo 3:16), y Pedro: “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). En consecuencia el Espíritu Santo que inspiró a los escritores era Dios. Todos estos textos, y muchos más, llevan a una única conclusión: que el Espíritu Santo es Dios.

Nuestro Señor Jesucristo describe la blasfemia contra el Espíritu Santo como un pecado incluso más imperdonable que la blasfemia contra el hijo del Hombre (Mateo 12:31). ¿Cómo puede ser así, a menos que el Espíritu Santo sea Dios? Se dice que el mismo Espíritu busca incluso las cosas profundas de Dios para conocer las cosas de Dios, para entregar todos los dones espirituales, tales como sabiduría, conocimiento, sanación, milagros, profecía, etc. Sólo Dios Todopoderoso puede hacer estas cosas, pero constantemente se las adscribe al Espíritu Santo, y de esta manera se declara que es Dios. Es de “una misma sustancia, majestad y gloria, con el Padre y el Hijo, verdadero y eterno Dios”.

Él es igual al Padre y al Hijo

El que escribe a los Hebreos expresamente llama al Espíritu Santo “el Espíritu eterno” (Hebreos 9:14). Si se necesitara más confirmación, podría obtenerse de las palabras referentes al bautismo en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Cómo podría ponerse el Nombre del Espíritu Santo lado a lado con el del Padre y el del Hijo, si Él no fuera en verdad “el verdadero y eterno Dios”? Al administrar la ordenanza del bautismo, ¿es concebible que el nombre de un ser inferior se situara en una igualdad perfecta con el del Padre Todopoderoso? Las Escrituras hacen saber que no hay más Dios que Él; Él dice: “y a otro no daré mi gloria” (Isaías 42:8). La Persona cuyo Nombre está al lado del del Padre y del Hijo es Dios Mismo, el Espíritu Santo. Lo mismo puede decirse de la bendición con la cual Pablo invoca la gracia y la bendición de Dios para los cristianos de Corinto: “La gracia

del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la participación del Espíritu Santo sea con vosotros todos". Sería blasfemo introducir en una bendición de esa índole el nombre de quien no fuera de la misma sustancia, majestad y gloria con el Padre y el Hijo.

El Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo

Él es "el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre", como Nuestro Señor declara en Juan 15:26. En consecuencia se dice que fue enviado por el Padre (Juan 14:26; Mateo 3:16; 1 Corintios 2:11,14, 3:16; y Mateo 10:20). El mismo Espíritu Santo se dice que fue enviado por el Hijo, y se lo llama el Espíritu del Hijo, y el Espíritu de Cristo (Juan 15:26, 16:7; Romanos 8:9; Gálatas 4:6; Filipenses 1:19; 1 Pedro 1:11). Así las mismas expresiones que se dicen del Espíritu en relación con el Padre se dicen del mismo Espíritu en relación con el Hijo, y por la misma razón, que el Espíritu Santo "procede" del Hijo incluso como Él "procede" del Padre. El Padre y el Hijo envían el Espíritu, que es una Persona, eternamente Divina, y Una con ellos en Su ser, en Su majestad, en Su gloria y en Su poder.

Trinidad en la unidad

De estas Escrituras queda claro que no hay más que un Dios Todopoderoso, y se demuestra con igual claridad que en la unidad del Ser Divino hay Tres Personas, "de una sustancia, poder y eternidad". Las solemnes palabras "En el Nombre del Padre", significan Dios el Padre, y que el Padre es Dios. Las palabras que siguen, "y del Hijo, y del Espíritu Santo", significan el Hijo que es Dios, y el Espíritu Santo que es Dios. Pablo sabía bien que está escrito, "¿A qué pues me haréis semejante, ó seré asimilado? dice el Santo" (Isaías 40:25); "porque yo soy Dios,... y nada hay a mí semejante" (Isaías 46:9). El mismo Pablo escribió: "La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la participación del Espíritu Santo sea con vosotros todos. Amén" (2 Corintios 13:14). Ningún cristiano razonable o reverente podría imaginar por un momento que el Apóstol inspirado hubiera escrito una bendición solemne en Nombre de Dios Todopoderoso poniendo deliberadamente el Divino Nombre en el medio, entre los Nombres de Jesús y el Espíritu Santo, a menos que creyera, y quisiera que nosotros creyéramos, que Jesucristo es Dios, y que el Espíritu Santo es Dios, y que en unidad con el Padre son Dios Uno y Todopoderoso.

La doctrina se expresa en el Antiguo Testamento

La revelación de esta verdad formó parte de las más tempranas revelaciones de Dios a la humanidad. El nombre en hebreo que traducimos como «Dios» es «Elohim», un sustantivo plural, que a menudo está unido a adjetivos y verbos en plural, que denotan la pluralidad de Personas en la Divinidad (por ejemplo, en Génesis 20:13, "Dios me hizo salir errante", donde «Dios» e «hizo» son plurales; Josué 24:19, "él es Dios santo", donde «santo» y «Dios» son plurales). Para mostrar que la Divinidad es no obstante Una, el plural «Elohim» a menudo está junto a sustantivos y pronombres singulares. "En el principio creó Dios..." Aquí «Dios» es plural, en tanto «creó» es singular. El título por el cual se designa al Todopoderoso, «Jehová tu Dios», es en hebreo «Jehovah Elohim»; «Jehovah» es singular, lo que denota la unidad de la Divinidad, en tanto «Elohim» es plural, que indica una pluralidad de Personas en esa unidad. Debe recordarse que estas revelaciones fueron hechas a un pueblo al que constantemente se advertía contra el politeísmo de las naciones circundantes. Es inconcebible que Moisés, que escribía bajo la inspiración del Espíritu Santo, utilizara palabras que indican una pluralidad de Personas en el Dios Uno y Eterno, a menos que en él se hubiera impreso irresistiblemente la misteriosa verdad, y deseara comunicarla como una parte esencial de esa revelación.

La verdad revelada en las palabras del Santo

Nuevamente, dice Dios: “Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Génesis 1:26); “He aquí el hombre es como uno de nosotros” (Génesis 3:22); “Descendamos” (Génesis 11:7); “¿quién nos irá?” (Isaías 6:8). No puede darse ningún motivo para que el Todopoderoso fuera a hablarnos en esos términos de Él, si no fuera verdad que “en la unidad de la Divinidad hay Tres Personas de una única sustancia, poder y eternidad”. Hay también muchos lugares donde se indica la misma verdad, si bien no expresado con tanta precisión. El Señor ordena a Aarón que bendiga así a su pueblo: “Jehová te bendiga, y te guarde: Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.” (Números 6:24-26). En Génesis 18:1-2 leemos que “Y le apareció Jehová [a Abraham]... y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él”. ¿Por qué iba Dios a aparecer ante él bajo el aspecto de tres hombres, a menos que fuera para insinuar esta verdad que Él se proponía revelar con más claridad más adelante?

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el Libro de Isaías

Hay algunos testimonios muy claros en Isaías. “Porque vendrá el enemigo como río, mas el espíritu de Jehová levantará bandera contra él. Y vendrá el Redentor a Sión,...dice Jehová (Isaías 59:19-20) ¿Quién es este «Redentor»? “Yo Jehová soy el Salvador tuyo, y Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob” (Isaías 60:16). Se habla de tres Divinas Personas: el Espíritu de Jehová, el Redentor – el Hijo Eterno, que deberá venir a Sión, y Jehová, que habla a través del Profeta. En otra parte leemos: “el Señor Jehová me envió, y su Espíritu” (Isaías 48:16). Un estudio del contexto muestra que quien habla es el Mesías, el Hijo de Dios, y las tres personas de la Santísima Trinidad se indican claramente: el Señor Jehová (el Padre), el Espíritu Santo y el Hijo.

La inmutable Verdad de Dios

Hay una maravillosa armonía y concordancia de doctrina en las distintas partes de la revelación de Dios a la humanidad, y los santos hombres de Dios de todas las épocas, si bien no siempre con el mismo grado de iluminación, han mirado con ojos de fe a Dios el Padre que los eligió, a Dios el Hijo que los redimió, al Dios el Espíritu Santo que regenera y santifica, y han elevado sus corazones en adoración al Dios Trino, al unísono con los santos y ángeles en las alturas, que “no tenían reposo día ni noche, diciendo: Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir” Apocalipsis 4:8).

Este es el fundamento seguro de la esperanza y la seguridad de vida eterna del creyente. Es también el fundamento sobre el cual se establece toda la obra y el testimonio de la Sociedad Bíblica Trinitaria. Ha sido siempre la doctrina de la Biblia; debe ser siempre la doctrina de la Sociedad.

“Al único sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (Judas 25)

La Sociedad se asienta sobre una base Trinitaria de las Escrituras, que declara:

- La unidad, igualdad, divinidad y eternidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.
- La plena divinidad y perfecta humanidad de Nuestro Señor Jesucristo
- Su milagroso nacimiento virginal. La resurrección física y ascensión al cielo
- Su ausencia de pecado.
- Su sacrificio redentor.
- La divinidad y el carácter de persona del Espíritu Santo.

© 2018 - Sociedad Bíblica Trinitaria

La Palabra de Dios entre Todas las Naciones

www.SociedadBiblicaTrinitaria.org